Año LV.-Núm. 182. Barcelona, martes 1.° de Julio de 1913. Pág. 8581.

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 9 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES Escudillers Blanchs, 3 bis, bajos. | ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 680.

CINEMATOGRAFOS Y VARIEDADES

RECREO CINE GLORIA

Consejo de Ciento, 366 (entre Bruch y Gerona).

Todos los días proyecciones de cine al aire libre en los espaciosos y frescos jardines.

Hoy, martes, y mañana, miércoles:

Últimos días con grandes éxitos,

Quo Vadis?

Esta gran película se proyectará puntualmente a las 5 tarde, 8 y 11 noche, acompañada por un notable terceto.

Completarán el programa: «El pañuelo», 696 metros; «La ley de la humanidad», «Polidor y las moscas». — Debido al coste de la película, durante los días de su proyección regirán los precios siguientes: General, 20 céntimos.—Preferencia, 30 céntimos.

Crónica diaria.

Se reunió anoche en el Ayuntamiento la Comisión de Reforma, Tesorería y Obras extraordinarias y aprobó la propuesta de convenio para la compra-venta de la casa número 50 de la calle de la Tapinería y las cuentas del Banco Hispano-Colonial correspondientes al primer trimestre del corriente año.

Estudió, sin llegar a tomar acuerdo sobre ello, la instancia de M. Benigui relativa a la urbanización de las secciones segunda y tercera relacionada con los túneles.

Acordó formalizar el arriendo a don Benito Sazatornil del solar correspondiente al número 24 de la calle de la Aurora, recurrir a la providencia en que se valora la

casa número 1 de la calle de la Fustería y aceptar la valoración hecha de la casa número 42 de la calle de la Platería.

En un campo de las inmediaciones de la riera de Horta fué agredido por varios individuos, que se supone son obreros del campo huelguistas, Jesús Martínez Lujano, de 27 años, causándole heridas en diferentes partes del cuerpo y dándose a la fuga inmediatamente.

Al herido le auxiliaron en el Dispensario de Pueblo Nuevo.

Se han entregado ya a los empleados municipales de mataderos, brigadas, etc., las blusas de hilo que es costumbre regalarles cada año por estas fechas.

Ha presentado una denuncia contra su antecesor en el cargo por usurpación de funciones el cónsul del Perú, pues parece que desde Febrero último sigue aquél desempeñándolo indebidamente.

Del garage que don José Cervelló tiene en la Riera de San Miguel, número 2, han sido robados un farol, una bocina y otros accesorios de automóvil, ignorándose quién es el autor del hecho.

En la Jefatura de la Guardia urbana se halla a disposición de quien acredite ser su dueño un palomo que fué cogido por un guardia en la rambla de Santa Mónica.

En el gran teatro del Liceo se vienen verificando obras desde hace días para mayor comodidad del público en la sala de espectáculos y de los artistas en el escenario. En este último punto las obras eran indispensables, pues escaleras y cuartos estaban imposibles.

Entre otras cosas, en los pisos cuarto y quinto se pondrá alrededor de la barandilla un listón a fin de evitar que por descuido caigan a platea gemelos y abanicos, y el asiento de la fila delantera de cuarto piso estará cubierto de terciopelo, igual que el respaldo, con lo cual el cuerpo no sufrirá la incomodidad de la madera.

Notificóse ayer al alcalde que varias personalidades de esta ciudad tienen en proyecto la creación de un Comité franco-español, que, igual a lo que verifican los existentes en otras poblaciones, trabajará en pro de una completa fraternidad entre las dos naciones.

El señor Collaso ofreció apoyar la idea incondicionalmente.

Reparación.

Calle de Truffaut, en Batignolles, una casa mísera, triste, que parece gemir de miseria; allá, a lo alto, en el piso quinto, en una buhardilla, agoniza una mujer. Aun es joven y en su rostro quedan los vestigios de una belleza que, viéndose sin porvenir, no conserva la vanidad del pasado.

Medio incorporada en el lecho sobre las almohadas que la solicitud generosa de una vecina cuidó de arreglarle, mira con toda la fijeza de sus hermosos ojos, ojos de tísica, que ilumina el alma con sus últimos resplandores. Dos fotografías, dos retratos, uno de un niño y el otro de un hombre, están colocados frente a ella en la chimenea.

Un ruido distrae su atención. Alguien acaba de dar dos golpes a la puerta e inmediatamente una voz para ella desconocida pregunta:

—¿La señorita Teresa Lavenne, está aquí?

Teresa se incorporó cuanto pudo para mirar, llena de asombro, a una señora vestida con distinguidísima modestia, que entra en la habitación silenciosamente y que con la enguantada mano le hace señas de que no se mueva.

La señora (acercándose).—Temía haberme equivocado. No se desabrigue usted.

Teresa.—Dispénseme, señora, que la reciba con este desorden (indicándole una silla). Tenga usted la bondad...

La señora (cogiéndole el brazo y obligándola a ocultarlo entre las sábanas).—Sí, sí, con mucho gusto... Pero no se destape usted. Aquí (coge una silla y, colocándola junto a la cabecera del lecho, se sienta). Ya ve usted

(sonriendo), cómo se nacerme sola los honores... (Levantándose el velo.) ¿No me conoce usted?

Teresa, que había seguido con curiosidad creciente todos los movimientos de la desconocida, hace esfuerzos para recordar aquel rostro.—¡No! Sin embargo...

La señora.—No se esfuerce usted, no tiene nada de extraño... ¡Hace ya tantos años!... Fué en casa de la señora Lagarde, su maestra.

Teresa (con tristeza).—En efecto... ya hace mucho tiempo. ¡Once años lo menos! Fué la primera modista en cuyo obrador trabajé, al concluir mi aprendizaje. ¿Fué allí donde la señora me conoció?

La señora.—Sí... La señora Lagar de nos vestía a mimadre ya mí en aquellos tiempos. Quizás recuerde usted mi nombre, pues si no me es infiel la memoria usted estuvo algunas veces en casa, calle de Miromesnil... Las señoras de Gernay.

Teresa.—Sí, sí, es verdad. ¿Cómo no la he conocido al verla? ¡Era usted tan buena, tan cari osa conmigo! Y yo la admiraba a usted mucho, pues entonces era usted tan hermosa como ahora... ¡Ah, señorita!...

La señora.—Señora, senora; soy casada.

Teresa.—Perdóneme usted (después de un silencio durante el cual parece sumergirse en el recuerdo de aquellos tiempos). ¿Sin duda ha sido la señora Lagarde quien le ha dicho?...

La señora.—¿Las señas de su casa? Sí, ayer me escribió una carta dándome cuenta de la situación de usted y también me dice que en su taller tiene siempre un puesto para cuando se haya restablecido.

Teresa (emocionada).—Gracias, muchas gracias a las dos; pero ya lo ve usted, señora, no me será posible volver a ocupar un puesto en esa casa.

La señora.—¿Y por qué no? ¿Tiene usted algún resentimiento con la señora Lagarde?

Teresa.—No; ni con ella ni con nadie; cuando de aquí salga será para ir allí donde se reposa para siempre.

La señora.—¡No diga usted esas cosas!... Ahora vamos a cuidarla a usted mucho, a hacer por que nada le falte. Verá usted cómo dentro de un mes... A su edad es más poderosa la salud que la enfermedad.

Teresa.—El médico ya cree inútil venir a verme. Si al principio hubiese podido descansar, dejar el trabajo y cuidarme, tal vez hubiese podido restablecerme; pero ahora ya no es cuestión más que de unos días... de horas tal vez.

La señora.—Habla usted como si estuviese desengañada de la vida. ¿No ama usted nada que le haga tener apego a la existencia? ¿No tiene usted parientes ni afecciones?

Teresa (animada con un impulso de ternura).—¡Sí, sí, señora, quiero vivir!

La señora.—¿Entonces?...

Teresa (llorando).—¡Vivir, sí que deseo vivir para... (Se interrumpe y con amargura junta las manos como implorando misericordia). ¡No me atrevo!...

La señora.—¡Vaya! ¿Tan mala cara tengo yo para que no se atreva usted a hablarme con franqueza? ¡Vamos, hable usted! Decía usted que deseaba vivir para...

Teresa (suspirando).—Para mi hijo.

La señora (después de un involuntario movimiento de extrañeza inmediatamente reprimido). ¿Tiene usted un...

Teresa.—Un niño, sí, señora; un niño que cumplirá pronto diez años y a quien mi muerte dejará abandonado, sin apoyo alguno. Todos mis esfuerzos, todo cuanto mi trabajo me ha producido ha sido para él, para pagar su estancia en el colegio. Creía que aun podría vivir para él dos o tres años más; entonces le hubiera hecho aprender un oficio y hubiese podido morir tranquila... ¡Pobre hijo mío! A los diez años, ¿cómo podrá ganarse la vida?

La señora.—Pero (dudando un momento), ¿y su padre? ¿Murió tal vez?

(Teresa mueve la cabeza negativamente.)

La señora.—Perdone usted que le haya hecho esta pregunta.

Teresa.—No hay en ella nada que pueda molestarme!... Tuve la desgracia de enamorarme y de creer que una pobre obrera como yo podía haber sido correspondida... ¡Era entonces tan joven, tan confiada!... Y él me decía unas cosas tan bonitas. No le reprocho nada; un hombre como él no podía casarse con una obrera.

La señora.—¡Pobrecilla!... Pero, dígame usted; si... si usted no se pusiese bien... ¿me permitiría hacer la buena obra de velar por su niño?

Teresa (estrechando la manode la señora). ¡Oh, señora, señora, bendita sea usted! Sólo una madre...

La señora (interrumpiéndola).—No; el cielo me ha negado esta alegría. Pero tranquilícese usted, sé hacerme cargo de su dolor.

eresa (como en un éxtasis).—¿Pero es cierto? ¡Es posible! ¿Usted lo protegerá, señora? ¡Es tan humilde, tan cariñoso, tan bueno mi pobre hijo!... Mírele usted. (Señalando uno de los retratos de la chimenea). Este es.

La señora se levanta y se acerca al sitio que le señala la enferma; pero apenas acaba de coger el retrato se fija en la otra fotografía; va a cogerlo también; pero no se atreve y anhelante atraviesa otra vez la habitación para caer sobre la silla anonadada.

Teresa (que no lo ha notado).—¿No es verdad, señora, que es muy guapo mi hijo?

La señora (procurando disimular su angustia).—Sí que es un niño hermosísimo .. Se parece a usted... pero (haciendo un estuerzo y señalando el otro retrato) ¿no se parece también algo a...?

Teresa.—¿A su padre? Sí, señora.

La señora.—En efecto; me había parecido que... Y, diga usted, ¿no ha vuelto a tener noticias suyas?

Teresa.—No, señora, jamás; desde el día en que me abandonó para casarse con una señorita aristócrata y rica como él.

La señora.—¿Es aristócrata?

Teresa.—Sí, señora; lleva el ilustre nombre de... Pero no; no debo decirlo; quizás pudiese usted conocerle algún día.

La señora (con ansiedad).—Sé guardar un secreto.

Teresa.—Mi hijo debiera llamarse Saint-Ernat.

La señora (levantándose sumamente pálida).—Ya es tarde y no tengo más remedio que separarme de usted; pero yo volveré. (Entrega a la madre el retrato del niño). Mañana le mandaré a usted mi médico... Sí, sí; tengo empeño en que la vea. En lo que se refiere a mi promesa relativa al niño, ya hablaremos más adelante... De todos modos.. aunque se restablezca, como espero quiero ocuparme de él... Seremos dos (haciendo esfuerzos por sonreir), seremos dos a quererle.

Teresa (deshecha en lágrimas).—Y nosotros, señora, también seremos dos a quererla a usted.

La señora.—Pues valor y hasta pronto.

Deja un billete de cien francos en manos de la enferma y se retira, volviendo la cabeza repetidas veces para mirar el retrato, que permanece solo en la chimenea.

* * *

Calle de Belles Feuilles; hotel de Saint-Ernat. Tres de la tarde. La señora, que salió después del almuerzo, acaba de llegar, acompañada de un niño de diez años, vestido de luto. Al entrar ha ordenado a un criado que diga a su marido que desea hablarle.

La señora (sentada en un sillón hojea un album, teniendo al niño a su lado). ¿Te gusta?

El niño.—Sí, señora.

La señora (amenazándolo cariñosamente con la mano). ¿Cómo se entiende? ¿Otra vez?

El niño (rectificando con humildad). Sí, mamá.

Llaman a la puerta, el marido entra y se detiene estupefacto.

La señora (levantándose).—El niño de quien te he hablado.

El marido.—¿El huerfanito por quien tanto te interesas? (Golpeando cariñosamente al niño en una mejilla). Pues es una criatura adorable este chiquillo.

La señora.—¿Verdad que sí? Tengo la seguridad de que te volverás tan loco por él como yo lo estoy ya.

El marido.—¡Tanto como eso!... ¡Así de repente!...

La señora.—¿Por qué no? (Muy seria). Ya tengo arreglados todos los asuntos que conciernen a la adopción y dentro de algún tiempo... si nada nuevo se opone a ello y si tú no tienes inconveniente, podremos...

El marido.—Te repito lo que siempre te he dicho: no hay para mí sacrificio a que no me halle dispuesto para darte gusto y para unir aún más los lazos de cariño. (Al niño.) ¿Cómo te llamas?

El niño.—Jorge... Jorge Lavenne.

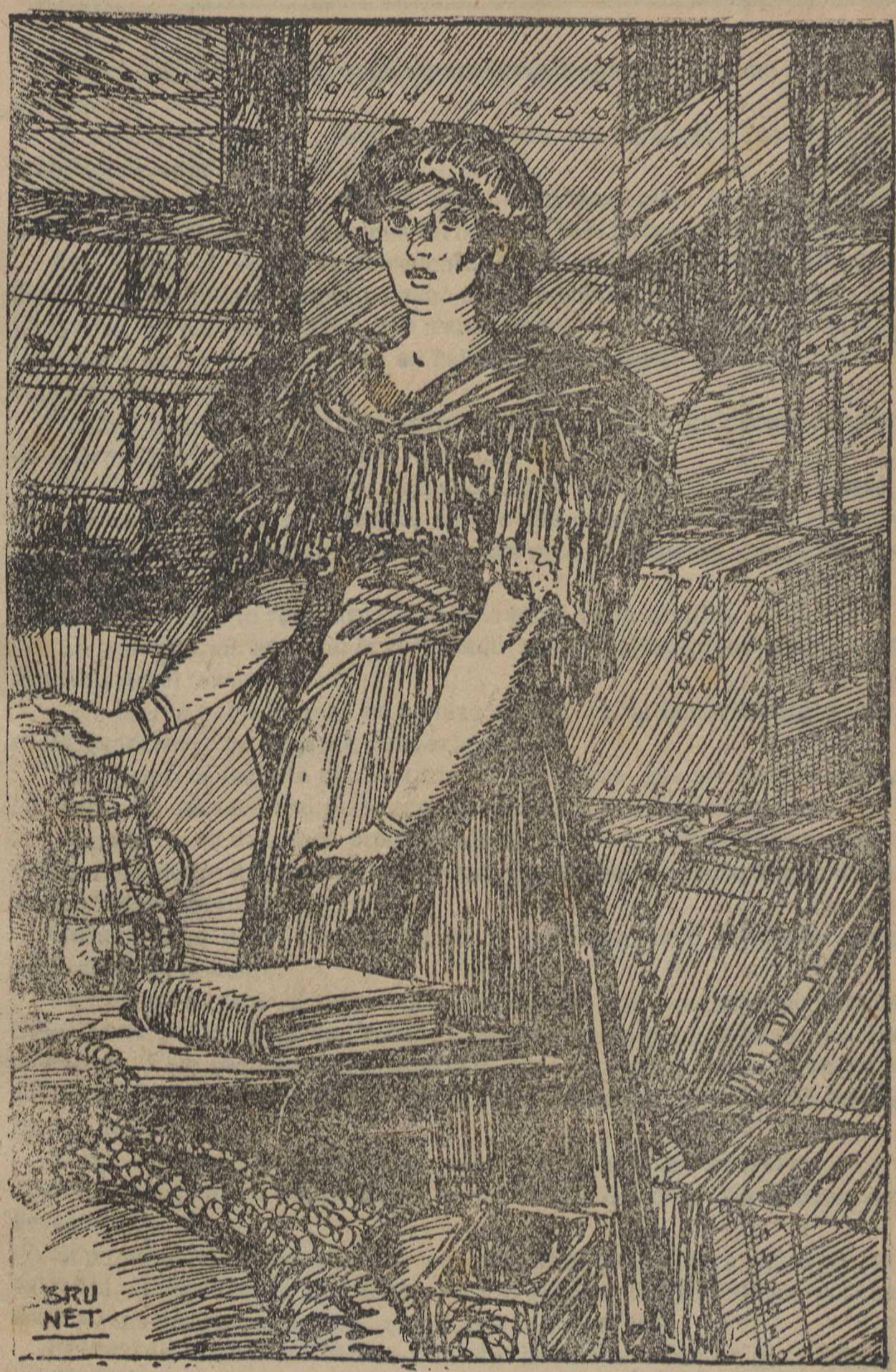
El marido (retrocediendo un paso).—¡Lavenne! ¿Cómo ha dicho?... (Quédase mirando alternativamente a su mujer y al niño.)

La señora.—Es el apellido de aquella obrera. Pero si te parece bien no hablemos más de esto por ahora delante de él; está aún muy reciente el luto. (Llevándolo aparte.) Serénate, hombre; ¿por qué te has impresionado de ese modo? (Temerosa.) ¿Es acaso que te niegas... que quieres separarte de nuestro lado?

El marido.—¡Yo! ¡Yo! ¡Querer separarme!... (Lleva a su mujer junto al balcón, la contempla un momento y la estrecha contra su pecho, diciéndole): ¡Oh Magdalena! ¡Qué alma tan hermosa! ¡Ese niño traido por ti! ¿Consientes?...

La señora (indicándole que guarde silencio).—No; hago una reparación.

ALBERTO DELVALLE.



La Sirena de Noyde.

Todos los servidores estaban apesadumbrados, creyendo muerta a la princesa.

El tesoro de Kozbeck, según la leyenda, era fatal para los audaces que trataban de apoderarse de él.

La princesa había sido curiosa y a esta hora quizás los genios guardianes de las riquezas de los Kanes tártaros la habían castigado cruelmente.

Así, Sofía, al aparecer de repente en el gran salón donde el personal del castillo se hallaba reunido, causó a estas buenas gentes un miedo atroz. Creyeron los pobres rústicos que veían aparecer el fantasma de su dueño. Hay que advertir que la joven se hallaba en un estado que justificaba esas suposiciones terroríficas.

Pálida, despeinada, con los vestidos desgarrados y cubiertos de polvo y de telarañas, ofrecía un aspecto lamentable.

Por fin, logró persuadir a Stepanoff y a su hijo, un guapo cosaco en cuyos ojos brillaba la inteligencia, de que ella estaba viva y bien viva, pero tan fatigada y tan débil que si no le daban pronto alimento caería inanimada ante sus criados.

Hurras de triunfo resonaron entonces en el viejo castillo.

¡La princesa, no sólo había regresado sana y salva, si que también había descubierto el tesoro!

¡Qué fuerza debía poseer su belleza cuando había inmovilizado a los feroces guardianes de la gruta de Kozbeck!

Y el poder, el imperio que ejercía Sofía sobre sus servidores, aumentó tanto con este suceso prodigioso, con este hecho, con esta conquista.

Después de un descanso bien ganado, la princesa detalló en un cuaderno el descubrimiento del tesoro y la forma de conducirse para llegar hasta el cuarto subterráneo.

Cuando llegó a la descripción de la salida, la joven detuvo la pluma y reflexionó largamente:

—¿Por qué revelar el secreto de la lámpara?—se preguntó por último— Unicamente yo lo conozco. Y debo guardarlo para mí sola hasta el día de mi muerte. Este secreto es mi seguridad, este secreto es una garantía contra los ladrones, admitiendo, lo que es poco probable, que llegasen hasta la puerta de bronce.

Estas riquezas constituyen un poder tal, que para conservarlas y poderlas destinar a mi venganza he de rodearme de todas las precauciones necesarias.

Si por cualquier azar el cuaderno de la princesa hubiera caído en manos extrañas, el imprudente ladrón no se aprovecharía de su crimen porque la muerte, una muerte espantosa, era la que le aguardaba.

El libro del Koran y el manuscrito de la princesa fueron guardados juntos en un mueble con fondo secreto.

Sofía ya podía dormir tranquila.

Y la comarca entera, gracias al inagotable tesoro, estuvo en poco tiempo transformada.

Una actividad grande en el trabajo sucedió a la lentitud anterior.

Se construyeron fábricas, haciendas modelos, todo gracias a la inteligente y buena princesa.

El dominio de Akoulis parecía una de esas ciudades americanas construídas en poco tiempo y dotadas de todos los adelantos del *confort* y de la higiene.

La princesa Outsinoff se hizo popular en toda Rusia. El zar quiso verla y en una audiencia particular que concedió a la joven expresó a ésta su sorpresa y su alegría al ver que una mujer, una francesa, trabajaba tan inteligentemente por la prosperidad del país.

Sofía supo ganarse las simpatías de los parientes de su difunto marido.

Uno de ellos sobre todo, el conde Miguel Micailowitch Borski, que estaba entusiasmado con su prima, convirtióse en su brazo derecho, enteróse de todos sus secretos y preparó con ella la obra de venganza en la que Sofía pensaba siempre.

El hijo de Stepanoff, Nicolás Stepanowitch, convirtióse en auxiliar precioso de la princesa y del conde Borski. Y los tres maduraron un plan de éxito infalible.

La joven quería que la venganza obrara en sus enemigos gradualmente, antes de la catástrofe final que les había de aniquilar.

Nosotros les hemos visto ya en la obra.

Bouffard y Genoveva comenzaban a subir el camino espinoso de las justas represalias.

Alberto de Mericourt, contra el cual Sofía no tenía motivos de odio, puesto que no le había inferido más daño que el olvidarla, sufriría también, porque no era posible herir a la una sin lesionar también al otro. Pero la princesa Outsinoff no soñaba solamente en la venganza, sino también en recompensar a las personas que lo merecían.

Los Hautefort, por fortuna, no tenían necesidad de ella; pero Sofía quería hacer dichoso y célebre al hijo de los últimos y solos amigos de su madre.

Cuando su presencia en Akoulis no fué necesaria, la joven creyó llegado el momento de obrar. Dejó para dirigir sus explotaciones a Stepanoff, el viejo moujik, bajo cuyas órdenes todo un mundo de directores de fábricas, de contramaestres y de obreros trabajaba.

Ella partió para París acompañada de Miguel Mikailowitch Borski y precedida de Nicolás Stepanowitch, que en París comenzaba ya la obra.

La princesa Outsinoff compró, a su llegada a la capital de Francia, el hotel lujosísimo que algunos meses antes había hecho edificar en la plaza de Malesherbes el conde Crisoli, el riquísimo financiero que poco tiempo después se había arruinado. Y allí se instaló sin ruido; pero los periódicos se ocuparon de la princesa y crearon sobre su vida un sinfín de leyendas.

La venganza, como han visto los lectores, estaba en marcha; la recompensa también; Hautefort en su desgracia había tenido la prueba.

Pero no era esto todo; Sofía tenía aún que hacer mucho por la familia Hautefort.

XIII.

El obrero herido por el coche de Odette entraba en la convalecencia y la joven comprendía que el pretexto de visitar a éste, pretexto que le permitía ver a Felipe, no tendría muy pronto razón de ser.

Cierto que el doctor estaba seguro por parte del coronel de Mericourt de tener una amable acogida en el hotel del barrio de Saint Honoré. Pero, desgraciadamente, no era lo mismo en lo que concernía a la condesa.

El humor de ésta, aunque ello parezca imposible, se agriaba más cada día y el conde, su marido, no tenía ya más relaciones con ella que las obligatorias: comidas, recepciones, etc. Su hija lo mismo, porque Genoveva no quería ya ver a Odette; al contrario, la presencia de la encantadora niña le era completamente insoportable.

La frescura y la belleza de Odette contrastaban con su madurez declinante, lo cual le producía a Genoveva un dolor real.

Además, la condesa cada día recibía nuevos disgustos.

La misma mano enemiga parecía ensañarse al mismo tiempo sobre ella y sobre Bouffard.

El conde de Mericourt tenía desde hacía algún tiempo frecuentes entrevistas secretas con Magdalena Remy.

El coronel había notado los sentimientos de su hija respecto de Felipe. Por otra parte, él se creía seguro de conocer los del joven doctor respecto de Odette.

¿Y qué hacer?

¿El matrimonio? ¡Odette era tan joven... diez y siete años escasos!...

Además, sería difícil obtener el consentimiento de Genoveva.

Ésta, que ahora no soñaba más que con títulos y nobleza, aceptaría difícilmente a un médico por yerno.

—Sin embargo—se decía Alberto con una sonrisa escéptica—, si Genoveva quisiera acordarse... Pero ella está ebria de vanidad y yo me veré obligado aun a hacerla que me obedezca en esta circunstancia.

De sus entrevistas con Magdalena Remy, en la que Odette tenía completa confianza y a quien abría su corazón sencillo, se acordó que el coronel dejaría momentáneamente las cosas tal como estaban.

No había que hablar aun de nada a la joven.

El tiempo acrecentaría su amor a Felipe o bien le haría olvidarlo si se trataba de una pasión pasajera.

Así las cosas, los señores de Mericourt recibieron una invitación.

La princesa Outsinoff, para celebrar su instalación en el palacio de Malesherbes, daba una fiesta, de la cual los periódicos hablaban desde hacía una semana.

Se hablaba de un programa magnífico que reunía los nombres de los más grandes artistas del mundo entero.

El lujo, el arte fantástico que reinaba en aquellos salones habían producido una fiebre, un frenesí entre la aristocracia, que, sin excepción, deseaba asistir a aquella suntuosa fiesta.

Toda la colonia rusa fué invitada a ella.

Los señores de Mericourt habían oído hablar de esta fiesta y Genoveva no dormía ya.

¿Sería ella invitada?

Esta duda le atormentaba mucho; pero, desgraciadamente, no podía hacer nada para obtener la entrada en el hotel Outsinoff en esa noche dichosa en que todo lo que tenía un nombre distinguido en París estaba seguro de encontrarse allí reunido.

El conde de Mericourt no participaba de esta opinión de su esposa. Jamás había amado el mundo y poco le importaba esta *soirée*.

Genoveva todas las mañanas hojeaba el *Fígaro* con los labios secos por la impaciencia y la envidia.

Cuatro días antes de este famoso 15 de Mayo, la señora de Mericourt, pálida de contrariedad, estaba sentada enfrente de su marido y de su hija en el vasto comedor de la casa, cuando un criado llevó sobre una bandeja de plata una carta que entregó al conde.

Alberto desgarró el sobre y leyó con verdadera sorpresa estas palabras grabadas sobre una cartulina en la que también aparecían las armas de los Outsinoff:

«La princesa Sofía Outsinoff ruega al conde, a la condesa y a la señorita de Mericourt que le hagan el honor de visitar sus salones la noche del 15 de Mayo de 1890.

Se bailará.»

A medida que Alberto avanzaba en su lectura el rostro de Genoveva se iba animando.

Al finella estaba invitada y asistiría a los esplendores que ofrecía esta princesa de *Las mil y una noches*.

Odette no decía nada, ni manifestaba ninguna alegría, aunque la invitación la nombraba.

La joven pensaba que su madre no querría llevarla a la fiesta; pero, acostumbrada como estaba a permanecer siempre en su casa, aceptaba filosóficamente su exclusión.

—Desde mañana enviaré mis tarjetas a casa de la princesa—dijo la señora de Mericourt cuando hubo saboreado su alegría triunfante—. Esa señora ha dado pruebas de muy buen gusto no olvidándonos y yo se lo agradezco. Y tú, Alberto, ¿me acompañarás mañana?

—Sí, porque yo asistiré también a esa fiesta. Tengo gusto en llevar a Odette. Irás satisfecha, querida niña, ¿eh?

La joven sonrió satisfecha e hizo a su padre un signo de agradecimiento.

—Yo no quiero que la niña nos acompañe—declaró Genoveva en tono imperioso—. No le sienta bien el trasnochar.

Las lindas mejillas de Odette, sonrosadas por la esperanza y la satisfacción, comenzaban a palidecer, cuando el coronel interrumpió a su esposa diciéndole:

—Odette irá a ese baile, querida amiga, porque yo lo quiero y lo mando. Además, ¿no ha sido invitada?

—Sí, pero...

—Yo no admito ningún pero. A usted la dejo en libertad de obrar como le plazca. Vaya sola si quiere a casa de la princesa de Outsinoff. Yo iré con mi hija.

La condesa mordióse los labios y no respondió.

Después de todo, ¿qué le importaba? No iba a amargar el triunfo que se prometía con vanas querellas.

Así, sin decir nada se levantó de la mesa.

El señor de Mericourt cogió tiernamente a su hija por el brazo y mientras que la acompañaba a su salita le decía:

—Vamos, querida niña, alégrate. Quizás veas en el baile al príncipe encantador.

Odette ruborizóse hasta la raíz de sus cabellos castaños.

Abrió la boca para arriesgar una palabra, una protesta; pero el coronel, sonriendo, se puso el dedo índice sobre los labios y dijo:

—Callémonos, hijita. Se hablará de esto más tarde.

Aquella noche Odette se durmió soñando con Felipe Hautefort.

Aun hubo quien se sorprendió más que Odette recibiendo la invitación de la princesa Outsinoff.

Fué éste Felipe Hautefort.

Los Mericourt podían explicarse hasta cierto punto la cosa.

El conde de Mericourt había ocupado un puesto en Petersburgo y estaba en relaciones con la colonia rusa de París.

Pero Felipe, ¡un simple cirujano!

Sin embargo, al joven le tentaba la esperanza de ver de cerca a aquella fabulosa princesa que durante el invierno último en los conciertos del domingo le miraba obstinadamente.

Y yendo a anunciar la nueva a sus padres, Felipe supo por ellos, con estupefacción, que también habían sido invitados.

Pero los señores de Hautefort, demasiado viejos y sencillos para mezclarse en la muchedumbre brillante que invadiría el hotel Outsinoff, declararon que se quedarían en su casa, no sin dar antes las gracias a la princesa por su invitación.

Felipe representaría en esta fiesta a la familia Hautefort.

¡El gran día llegó al fin!

XIV.

La plaza de Malesherbes estaba aquella noche iluminada como en los días de fiestas populares

Arcos de lámparas eléctricas iluminaban la fachada del hotel Outsinoff y desde las nueve de la noche un rumor parecido a los murmullos del marse esparcía por la plaza, de ordinario apacible

La hilera de carruajes a las diez de la noche llegaba ya hasta la avenida de Villiers.

Y una muchedumbre de curiosos se apretujaban al otro lado de la calle para ver descender de los carruajes a las señoras cubiertas de joyas. Los trajes negros de los caballeros producían poca impresión.

Sólo los uniformes franceses o rusos, muy numerosos, tenían el don de excitar el entusiasmo de los curiosos.

Los invitados, en pequeños grupos, penetraban en el inmenso vestíbulo, en medio del cual había una escalera de mármol que habría oscurecido a la célebre escalera del palacio Garnier.

A la entrada de los salones la princesa Outsinoff acogía con una sonrisa y un apretón de manos a sus invitados, cuya mayor parte le eran desconocidos. Iba llena de alhajas maravillosas, cuyas luces rivalizaban con las de las lámparas. Y entre estas piedras de un precio loco había en su brazo un pobre brazalete de plata en el cual se leía una inscripción rusa.

Este brazalete, que se lo había dado Ivan, era el preludio de su desquite.

Y sonriendo, saludando continuamente con su linda cabeza, que lucía una diadema casi real, Sofía pensaba en el querido difunto.

La muchedumbre ahora se apretujaba en los salones, en el jardín, en el invernadero, donde bustos maravillosos tentaban la vista y los labios de los invitados.

De repente Sofía se estremeció viendo aparecer al doctor Hautefort y al profesor Verrier.

Los dos hombres llegaron hasta la princesa. Allí, inclinados ante ella, pronunciaron el saludo de rúbrica.

Pero la joven tendió su mano y Felipe, con un gesto encantador, se inclinó más aún y posó sus labios sobre aquella mano constelada de piedras preciosas.

Su maestro le imitó.

Sofía entonces, con el rostro iluminado por un fuego interior y bella entre las bellas, dijo:

—Caballeros, soy yo la honrada con su presencia.

A usted, maestro—prosiguió la princesa dirigiéndose al profesor Ve-

Torneos en el agua.

El torneo acuático no es una diversión nueva, ni mucho menos. En muchas partes se practica con frecuencia en fiestas públicas. El origen de tal deporte se pierde en eso que hemos convenido en llamar la noche de los tiempos, si bien hay motivos poderosos para pensar que se trata de una derivación o más bien de una degeneración de las famosas naumaquias romanas. Un torneo acuático no es, en efecto, otra cosa que una naumaquia en miniatura.

En la Edad Media estaban los torneos acuáticos casi tan en boga como los que a caballo y lanza en ristre se celebraban entre los más nobles caballeros, con la diferencia de que en los primeros solía ser gente plebeya la que combatía, pues ningún hombre bien nacido habría considerado honroso en aquellos días de pundonor exagerado zambullir a otro caballero en el agua. Era, pues, fiesta de villanos para diversión de los señores.

Ahora los ingleses han resucitado el torneo en el agua como diversión elegante y periódicamente celébranse combates de este género en la gran piscina del Club Bañista de Londres, punto de cita de los miembros de la buena sociedad inglesa aficionados a la natación. Las embarcaciones que se emplean en estos torneos son barquichuelas planas de un solo asiento, que ocupa un remero, mientras a proa va un *water knight*, un paladín acuático, colocado en pie, con traje de época y armado de una lanza que en vez de moharra lleva una pelota lo bastante blanda para que no lastime al contrario. Los remeros van sencillamente en traje de baño. El paladín que primero echa al agua a su antagonista, ya sea de un golpe, ya volcándole la barquichuela, es proclamado vencedor.

Las lanzas y las embarcaciones que en estos torneos se emplean varían según los diferentes pueblos.

Francia es por excelencia el país de los torneos acuáticos y allí se hacen generalmente al aire libre, teniendo con frecuencia lugar en el Sena. Casi siempre se usan largos botes tripulados por seis u ocho remeros y cada uno lleva en la proa una elevada plataforma, donde se coloca el luchador, que además de la lanza lleva una rodela para desviar, si le es posible, la lanza del contrario. En los Estados Unidos, donde también está en boga este deporte, se emplean canoas muy ligeras con un remero y el luchador. Estas embarcaciones son tan frágiles que con frecuencia las dos zozobran simultáneamente al primer bote de lanza.

Atracción.

¿Véis cual las olas
vienen y van,
flujo y reflujo,
vida del mar,
inmensa, eterna
continuidad
de un movimiento
ciego y fatal?
¿Quién las agita
con tanto afán?
¿Quién las conmueve
sin descansar?
¿Quién es la causa
que a un tiempo da
fuerza al estrago
del temporal,
calma serena,
combate y paz?
La blanca luna
pudiese hablar...
Ella diría
lo que hoy está
bajo silencio
frío, mortal
Ella el secreto
debe guardar
de ese misterio
de doble faz
que así preside
la tempestad
que estalla y ruge,
como nos da
tranquilas horas
de bienestar.
En esas olas
mira y verás
el movimiento
de nuestro afán:
la que se acerca,
sentimental,
y reflexiva
la que se va.
Así, yo siento
que he de gozar
en la presencia
de tu beldad;
y cuando ausente,
lejos estás,
triste medito,
me encuentro mal.
Sólo tú puedes
darme solaz;
sin ti no quiero
vivir ya más.
Cual esas olas,
siempre serás
flujo y reflujo,
sino fatal.
Mi luz, mi vida,
mi fe, mi imán...
Tú eres la luna;
yo soy el mar.

ELISA ROS DE JARAMATE

Los ojos de las plantas.

El profesor Gottlieb Haberlandt, del Instituto Botánico de Graz, en Estiria (Austria), acaba de hacer un descubrimiento en el mundo de las ciencias naturales.

A decir verdad, se trata de la confirmación definitiva de un hecho ya establecido por observaciones anteriores. El eminente sabio, cuyos trabajos disfrutan de gran notoriedad entre los especialistas de estudios agronómicos, ha podido observar que en muchas plantas se notan órganos de la vista, comparable a los de los animales inferiores, siendo sus celdillas epidérmicas realmente unos lentes convexos tan perfectos como la faceta del ojo de los insectos. Se sabe que en la mosca común esa faceta son 4,000, cuando menos, y que en la mariposa se elevan a 17,000. Ahora bien, en los vegetales las celdas de las hojas ofrecen facetas análogas que presentan una cantidad infinita de imágenes reflejadas en el foco visual.

Un grupo de árboles que despliegan al sol su vegetación lujuriosa reúne así una multitud de espejos, pues cada celdilla epidérmica tiene las mismas propiedades de un pequeño lente distinto.

La visión de las plantas no es consciente como la del insecto; no se da cuenta de cada imagen dibujada en todas sus facetas oculares; pero existe, indudablemente, como lo ha demostrado Haberlandt fotografiando las partes minúsculas de la epidermis del limbo, con ayuda de un aparato combinado con el microscopio. Estas experiencias, corroboradas por el doctor Nuttall, de Londres, y por el doctor Harold Wagner, han permitido reconocer, en cada una de las celdas epidérmicas, imágenes muy claras de objetos situados a diferentes distancias, como personas y casas. Se puede deducir, según los botánicos, que las plantas tienen verdaderos ojos rudimentarios, como las abejas y otros himenópteros, lepidópteros y dípteros, que les hace distinguir lo que se ofrece a su vista con alguna distancia. Gottleb Haberlandt ha notado especialmente ojos en las hojas del sicomoro y del acanto del Perú. Los ojos de las plantas difieren, sin embargo, de los de insectos, en que no tienen pigmentos, quedando por determinarse hasta qué punto está suplida la clorófila. Haberlandt y sus colegas han tropezado con objeciones y contradictores que ponen en duda la visión activa de las plantas y no les conceden—aunque con reservas todavía—sino la visión pasiva.

Noticia de los fallecidos los días 29 y 30 de Junio de 1913.

Casados 14	Viudos 5	Solteros 8	Niños 15	Abortos 00	Nacidos	Varones	8
Casadas 9	Viudas 9	Solteras 7	Niñas 19			Hembras	17

Servicio telegráfico y telefónico
de nuestros corresponsales
Madrid, provincias y extranjero.

DE PROVINCIAS

El reformismo.—Embarque de fuerzas.—De La Granja

Gijón, 30 (11'58 noche).

Se ha reunido el Comité reformista, ratificando la aprobación a las últimas manifestaciones de don Melquíades Alvarez en el Congreso, añadiendo que si con tal criterio los demas partidos le admiten en la conjunción continuarán en ella. Este acuerdo supone la ruptura con la conjunción local.

Málaga, 30 (8'59 noche).

En el vapor *Benlliure* ha embarcado el batallón Covadonga con rumbo a Larache. En el *Pielago* embarcaron para Melilla 121 licenciados de distintos regimientos.

La Granja, 30 (8'59 noche).

El rey ha concedido la gran cruz de Carlos III al embajador griego y la placa de Isabel la Católica a las personas que componen la embajada extraordinaria.

Esta tarde el embajador, su séquito y el ministro de Estado, marcharon a Segovia. Visitaron los monumentos y después regresaron a Madrid.

Primera piedra.—Llegada.

Lorca, 30 (11'54 noche).

Se ha verificado la colocación de la primera piedra de la Exposición de Agricultura, presidiendo el acto el señor Gallego. El acto ha revestido gran solemnidad.

Algeciras, 30 (11'57 noche).

Procedente de Gibraltar ha llegado Muley Hafid.

Conmemoración.—Partido.—Batalla campal.

Irún, 30 (11'57 noche).

Bajo un sol abrasador se ha celebrado el alarde militar para conmemorar la famosa batalla de San Marcial.

Ha comenzado el partido de balompié entre el Atlétic de Bilbao y el Racin de Irún.

Bilbao, 30 (11'58 noche).

Al regresar de la romería de San Pedro, en el pueblo de Deusto, trabóse una batalla campal entre varios mozos, resultando heridos graves de arma blanca Antonio Larrondo y Luis Méndez. El agresor, Martín Urgati, ha sido detenido. Los demás huyeron.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

La Hacienda portuguesa.—Intento de suspensión de hostilidades.

Lisboa, 1.° (2 madrugada).

El ministro de Hacienda ha leído una Memoria referente a gestión administrativa que la mayoría del Parlamento ha aplaudido, mientras que las oposiciones hicieron manifestaciones de hostilidad que obligaron a suspender la sesión. Con la susodicha Memoria resulta que no sólo hay equilibrio en el presupuesto, sino que todavía hay un superávit que puede destinarse a aumento de la escuadra.

Sofía, 1.° (2'10 madrugada).

Hoy se han dado órdenes severas a las tropas búlgaras que cesen las operaciones de ataque a las tropas servias y griegas y que si en Salónica las tropas búlgaras y servias se hostilizan, las griegas cuiden de desarmarlas.

Continúan las hostilidades.—Del conflicto balkánico.

Salónica, 1.° (6).

Las tropas búlgaras no han podido ser desarmadas y han respondido a cañonazos con ametralladoras y bombas. Los disturbios continúan en diversos puntos de la ciudad. Hay numerosos búlgaros prisioneros.

Belgrado, 1.° (6'10).

Respondiendo a una nota búlgara, Servia hace constar que los búlgaros han sido los agresores en el actual conflicto y que los servios no han hecho más que rechazar el ataque, por lo cual están libres de toda responsabilidad.

Los servios contra los búlgaros.

Belgrado, 1 (7'3).

El Consejo de ministros ha dejado al generalísimo de las tropas la libertad de tomar todas las medidas que juzgue necesarias ante el conflicto. Créese que a última hora se han recibido órdenes de tomar la ofensiva contra los búlgaros.

ULTIMOS PARTES

La *Gaceta*.

Madrid, 1.° de Julio (10 mañana).

La *Gaceta* publica lo siguiente:

Decreto disponiendo cese en el cargo de jefe del Cuerpo de seguridad de Madrid el coronel de infantería don Luis Jimeno Pajarero.

Decretos de Instrucción pública transmitidos ya.

Real orden ampliando por un mes el plazo concedido para la recaudación voluntaria del impuesto de cédulas personales.

Otra declarando que el término medio del cambio de francos en el mes próximo pasado es de 8'64 por 100.

Nombrando director de la estación sanitaria del puerto de Rosas a don Francisco Suñer y Rovira.

Detalles del incendio de Avila.

Avila, 1.° Julio (10 mañana).

Más detalles del incendio que hemos telefoneado esta madrugada:

Se propagó a las casas números 8, 10 y 12 de la calle de San Segundo y a la número 6 de la plaza del Alcázar, uno de los mejores edificios de esta ciudad.

Se temía que las llamas se extendieran a toda la manzana.

Al intentar los bomberos cortar el incendio de la casa número 14 de la calle de San Segundo se cayeron Pablo Martín, que sufrió la fractura de una costilla; Felipe González y Cándido Sonalmor, que tienen heridas en las piernas y en la cabeza.

El primero fué trasladado al hospital en grave estado.

En este momento, cuatro de la madrugada, llega el nuevo gobernador, señor Mesa de la Peña, quien, sin sacudirse el polvo del viaje, se ha hecho cargo inmediatamente del mando, adoptando enérgicas disposiciones.

La casa en que comenzó el incendio ha quedado totalmente destruída.

La huelga de campesinos.

Jerez, 1.° (10 mañana).

Los campesinos huelguistas han promovido esta noche un alboroto.

La policía disolvió a los revoltosos.

Hay algunos detenidos.

Mitin de albañiles.

Huelva, 1.° (10 mañana).

Se ha verificado un mitin por los albañiles en huelga.

Los demás gremios obreros han acordado por solidaridad el paro general.

Este comenzará el lunes.

De Africa.

Ceuta, 1.° (10'15 mañana).

La Comisión continúa sus visitas ordinarias a los aduares limítrofes, recorriendo el campo de los Castillejos y entrando en el aduar de Renerevor, casi oculto en el bosque, y saludaron cariñosamente a los moradores.

Bajo un enorme naranjo había una veintena de niños que recibían su lección del Koran.

El fakir del poblado de Dahí, en representación de otros poblados, saludó al jefe de la expedición, teniente coronel José de Diego. Fueron obsequiados los moros con té y pastas, cambiando los saludos y ofrecimientos de rigor.

Anoche, a las once, llegó un vapor conduciendo un convoy de heridos, que han ingresado en el Hospital militar.

Lotería nacional.

En el sorteo de la Lotería nacional que se está verificando han resultado premiados hasta ahora los números siguientes:

Premios mayores:

GORDO:	24,784	100,000	pesetas	Madrid.
5.°	23,128	20,000	»	Bollullos-Unión-Huelva.

Premiados con 1.500 pesetas.

9,039, Barcelona Málaga-Valladolid; 19,357, Madrid-Málaga.

Imprenta de EL PRINCIPADO. Escudillers Blanchs, 3 bis, bajo.